

Itamar Orlev
Bandido



Corre el año 1988 y hace veinte que Tadek vive en Israel, donde llegó de niño con su madre, obligada a huir de Polonia a causa de un marido carismático, alcohólico y violento que suscitaba entre sus hijos una esquizofrénica mezcla de admiración y terror. Ahora, la mujer de Tadek lo ha abandonado llevándose al hijo que tienen en común y la fatídica repetición del destino de su padre, condenado a la soledad, lo sume en una profunda crisis. Siguiendo un impulso, Tadek vuelve a su Polonia natal para reencontrarse con su progenitor, quizá por última vez, y observarlo con los ojos de un adulto. Decidido a dejar atrás para siempre todo lo que representa su padre, Tadek emprende un inesperado viaje con él —ya frágil y decrepito, pero no menos abusivo— en busca de una incierta reconciliación que los obligará a afrontar juntos los fantasmas del pasado. Una historia honesta y conmovedora sobre el amor filial y la búsqueda de la identidad, narrada con sentido del humor y ternura, pero también con el inevitable desgarramiento de las profundas heridas infligidas en la infancia.

A Lian.

BANDIDO

Itamar Orlev

¿Cómo van a consolarse uno a otro?
¿Cómo podría un padre que se aferra con
ambos brazos al cuello de su padre abrazar al
hijo?

JANOJ LEVIN, *La vida de los muertos*

PRIMERA PARTE

Un gran estruendo me arranca del sueño profundo golpeándome el rostro como un puñetazo y me despierta. Tengo la respiración agitada. Abro los ojos. La habitación está a oscuras. Una figura negra, borrosa se escabulle por la puerta abierta. Me arde la cara. El silencio es demasiado absoluto, siniestro. Me levanto de un salto, agarro una barra de hierro que tengo bajo la cama y salgo disparado hacia el dormitorio del niño.

Llego corriendo a la habitación, enciendo la luz: la cama está vacía y ordenada, algunos juguetes tirados por el suelo, la ventana abierta. Me subo al antepecho y salto al pequeño jardín donde reina la quietud nocturna. Sin embargo, veo la figura negra aparecer y desaparecer, emerger por un instante y esfumarse de nuevo. Corro tras ella blandiendo la barra de hierro. Noto los músculos tensos, me duelen, y para aliviar la tensión me pongo a golpear cosas con la barra de hierro: el suelo, la mesa de madera, el murete de piedra. Arrojo una silla, vuelco la carretilla y las plantas, hago caer cajas, trastos de hierro, pedazos de muebles, leños.

Regreso corriendo a casa. Corro de habitación en habitación encendiendo las luces. No está, la figura negra no está. La casa está vacía. Al parecer se ha ido, se ha ido llevándose al niño. Abro el frigorífico, cojo un botellín de cerveza y lo abro con los dientes porque el cuerpo todavía me tiembla y los dedos no consiguen asir el abridor. La trago entera a grandes sorbos y me calma un poco. ¡Cómo odio dormir!

Enciendo un cigarrillo. Miro el reloj. Las cuatro de la madrugada. Puedo respirar tranquilo, la mañana está demasiado cercana y ya no hace falta que regrese a la cama. Salgo al jardín y en cuanto se me calma la respiración comienzo a ordenar el desastre que he hecho antes. Dentro de una hora empezará el alba a pintar con una línea fina y clara el ho-

rizonte. Los primeros pájaros se pondrán a gorjear y la luz suave, consoladora, de la mañana me abrazará.

1

—Estoy harta de esta vida de perros —dijo ella—, me mato a trabajar para manteneros al niño y a ti, aunque no hagas de marido ni de padre. Nos obligas a vivir en tu delirio y te pasas el día compadeciéndote.

—Yo friego los platos —me defendí— y cuido del jardín.

—¿Cuándo te has ocupado del jardín últimamente? Parece un vertedero.

—Ahora no es la estación. Estoy esperando a que llegue la primavera.

—¿El fregadero también espera la primavera?

—No, espera la noche, friego los platos por la noche.

—Haz lo que te venga en gana, friega de noche, espera que llegue la primavera, pero desde hoy lo vas a hacer solo. No estoy dispuesta a mantener a un parásito que no pega golpe, que se pasa el día fumando, bebiendo y culpando a todo el mundo de su impotencia.

—Sabes lo difícil que es ganarse la vida con mi profesión.

—Pues cambia de profesión.

—Imposible cambiar de profesión a estas alturas.

—Pues entonces escribe de una vez. Llevas años diciendo que lo vas a hacer, pero del dicho al hecho...

—Intento ganar dinero, pero no tengo tiempo.

—Tampoco escribes cuando lo tienes, te limitas a dar vueltas con cara de pocos amigos. Al menos podrías ganarte la vida.

—Lo intento. ¿Qué quieres, que haga de camarero?

—Yo ya no quiero nada de ti —susurró con voz áspera, profunda.

Cogió al niño y se largó. Yo me quedé en el jardín desde el que se veía el Uadi y los tejados rojos de las casas del barrio construido en la pendiente, contemplando su nuevo coche de trabajo último modelo rodar cuesta abajo por el sinuoso camino de tierra, subir a la carretera, unirse a los escasos vehículos y desaparecer.

Seguí un buen rato allí como un pasmarote. Luego entré en la cocina, me preparé una taza de café, salí de nuevo al patio y encendí un cigarrillo. Solo. Como cualquier otro día: ella iba al trabajo, él a la guardería o con la niñera. Volvían a casa a primera hora de la tarde, juntos, y era ella quien se ocupaba del niño, jugaba con él, le daba de cenar, lo bañaba y lo dormía. Yo seguía con mis cosas como si ellos no estuvieran allí. A veces le llevaba algo que ella me pedía o una taza de té. A veces hablaba un poco con él, le contaba un cuento gracioso o le leía un libro. Pero las pocas veces que intentaba sumarme a sus juegos ella me regañaba diciendo que era demasiado brutal y violento, que no estábamos en uno de los barrios pobres de Polonia en los que me había criado y que asustaba al niño. Solamente salía al jardín con él los días festivos, cuando ella se quedaba en la cama hasta tarde leyendo los periódicos. Nos dedicábamos a jugar a pelota o a lanzar piedrecitas a los gatos que venían a robarle la comida al nuestro. Cavábamos y plantábamos semillas en el jardín yermo donde a duras penas brotaba algo. Luego, cuando ella se levantaba y lo llevaba a casa de amigos, de su hermana o de su madre, yo me quedaba en casa y respiraba aliviado.

Pero el silencio que invadió entonces el jardín y las habitaciones de la casa no era de ese tipo. Parecía como si la presencia de ella y del niño hubieran sido abducidas de aquel lugar donde habíamos vivido juntos demasiados años. El vacío que me rodeaba se llenó de pronto de un dolor desesperado y una enorme ansiedad. No era nostal-

gia, todavía no, porque había esperado que se marchara desde hacía mucho tiempo, pero no había previsto que si lo hacía llevándose al niño, tras su desaparición me ahogaría el silencio.

Cogí el coche y me fui a visitar a mamá sin llamar para avisarla de que iba.

—¿Ocurre algo? —me preguntó en cuanto me vio aparecer.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque has venido por iniciativa propia.

—Me ha dejado. Ha cogido al niño y me ha dejado.

—No me sorprende, pensaba que lo haría mucho antes.

—Y tras meditar unos instantes, añadió—: ¿Cómo os iba en la cama?

—Nada del otro mundo.

—Pues mejor que se haya marchado. Cuando va bien en la cama, todo termina por arreglarse, pero cuando va mal, no hay nada que hacer.

Entré en el salón donde justo en medio había un caballete con una tela en la que mamá había trazado unas gruesas pinceladas a lo largo y a lo ancho. El característico olor del óleo impregnaba la habitación.

—¿Qué pintas? —le pregunté.

—No es cosa tuya —me contestó desde la cocina—. De todos modos, puedes ahorrarte tus críticas.

—Sólo digo la verdad, mamá, eso es todo. ¿Te he interrumpido?

—Sí. Siéntate, ya voy.

Me senté. Y de pronto me entraron ganas de que me invitara a cenar. Hacía muchos años, de hecho desde que me marché de casa, que no cocinaba para mí, aunque, a decir verdad, no lo había echado de menos. A veces, cuando íbamos a visitarla, preparaba algo para el niño, y cuando veía al crío luchando con un filete empanado reseco o un pedazo de carne cocida, recordaba cómo odiaba su comida.

Mamá apareció en el salón llevando una bandeja con dos tazas de té y unas galletas. Tomamos el té. Estaba claro que esperaba que me largase.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó.

—No sé. Creo que lo mismo que he hecho hasta ahora.

—¿Verás al niño?

—Seguro que sí.

Miró el reloj, el caballete, y luego posó los ojos un buen rato en la ventana. Cuando el atardecer empezaba a oscurecer el firmamento coloreando el aire del salón de una luz azulada, a mi madre empezaron a rugirle las tripas. Yo esperaba que se rindiera y me invitara a quedarme, que me preparase aunque fuera un huevo pasado por agua, una tostada, cualquier cosa, y que me la trajera a la mesa, se sentara a mi lado y me observara comer e incluso me preguntara si me gustaba. Pero, por el contrario, cogió el teléfono, llamó a una de sus amigas y habló con ella en voz bien alta mientras me lanzaba miradas como si quisiera dejar claro que ya había hecho su papel y podía irme.

—¿Una tortilla? —pregunté por fin.

Ella asintió con la cabeza sin interrumpir su conversación. Fui a la cocina y preparé una ensalada. Saqué quesos del frigorífico, arenques, un embutido polaco con aspecto un tanto pasado y preparé una gran tortilla para los dos con pedacitos de embutido. Mamá comió en silencio mirándome de reojo de vez en cuando.

—Te debes sentir realmente como una mierda, porque desde niño no me habías preparado una tortilla.

—Ni tú a mí.

—Porque ya sabes prepararla solo.

Cuando terminamos de comer nos fumamos otro cigarrillo.

—Pronto será tu cumpleaños —dije.

—¿Cuándo? —preguntó alarmada.

—Dentro de unos días.

—Sí —contestó sin añadir nada más.

Luego me fui. En casa me esperaba una larga noche sombría y vacía, y regresé con mucha inquietud. Me senté en el patio, abrí un botellín de cerveza añorando a mi hijo, sus gritos de alegría, las risas que llegaban del cuarto de baño cuando mi mujer lo bañaba, los llantos cuando, aunque cansado, se resistía a acostarse luchando contra el sueño, como si temiera que en caso de abandonarse a él jamás volvería a despertar. Pataleaba, chillaba, balanceaba la cabeza de un lado a otro hasta que el sueño dominaba su cuerpo y poco a poco bajaba la guardia. Finalmente, como el condenado que se resigna a su muerte inminente, se dejaba dominar por el sueño, se entregaba, y yo nunca intenté ayudarlo. Para mi mujer todo había estado siempre claro y ordenado: había una hora para levantarse por la mañana, una hora para almorzar, una hora para el baño y otra para acostarse. A ella no le impresionaban los lamentos, las pataletas ni los gritos que lo despertaban en mitad de una pesadilla: el niño está cansado y debe dormir, no sabe lo que le conviene. Pero yo también odio dormir a causa de las horribles pesadillas que olvido justo al despertar.

Primera noche sin mi mujer y el niño. Las estrellas parecían apagadas y el negro firmamento me aplastaba. De repente deseé una sorpresa, que los faros de un coche remontaran el Uadi e iluminaran el oscuro camino, sin embargo no llegó nadie. Hacía mucho que me había distanciado de los pocos amigos que tenía y los otros, esos a los que llamábamos «nuestros amigos», se habían puesto de parte de ella. Mi amigo polaco, Artur, actor de una compañía de teatro ambulante, estaba de gira por Europa; mi hermano y mis hermanas vivían al otro lado del océano; mamá dormía; ¿quién quedaba? Nadie. Aparte de papá. Aunque de papá hacía veinte años que no sabía nada. Hacía tanto que no pensaba en él que incluso la palabra *papá* me resultaba extraña. La expresión de su ausencia había quedado reducida a una especie de rumor monótono de fondo y él se había transformado en un ente indefinido, sin rostro, lejano, y por

más que me esforzara era incapaz de evocar su imagen. Se quedó en Varsovia, y con ello adquirió una especie de inmortalidad porque para nosotros seguía siendo siempre aquel al que dejamos con cuarenta años, no el anciano que seguramente era. A menos que hubiera muerto, pensé de pronto. No, eso no, para eso no estaba aún preparado. Además, si hubiera muerto lo sabríamos, ¿no?

Papá me había dicho una vez: «Nunca te asustes ni tengas miedo, el miedo es una trampa mortal. He visto matar a gente sólo por culpa del miedo». Recordé su voz, pero no su rostro: era la voz ronca de un fumador, y pronunciaba las palabras con la torpeza del bebedor de vodka.

Luego recordé su olor. Primero, poco definido: yo era niño y él me llevaba en brazos. Recordé la aspereza de su abrigo de lana en el rostro. Me habría gustado alzar los ojos y mirarle a la cara, pero no me atreví, quizá porque temía que los momentos que componían el recuerdo estallaran en fragmentos.

Gotas de sudor me resbalaban por la frente y las sienes, y me hacían arder los ojos. Me sequé la cara con la camiseta y volví a mirar de nuevo hacia atrás en busca de un instante determinado hasta que lo encontré: papá estaba en mitad de la sala con su enorme cuerpo erguido tocando el violín. Aunque no recordara qué tocaba, ya por entonces la música que producía al tocar el frágil instrumento entre sus brazos fornidos contrastaba absolutamente con su aspecto.

Lo descubrí tocando el violín una de las mañanas en que me desperté tarde. Las notas se colaban a través de los tablones del suelo de la habitación. Descendí con cuidado de la cama y me apresuré hacia las escaleras. Las bajé con cuidado porque en aquel entonces era pequeño, más que mi hijo ahora. La melodía del violín aumentaba cuanto más me acercaba a la planta baja y allí lo encontré, tocando con los ojos cerrados, acompañando con el cuerpo los movimientos del arco. Nunca hasta entonces lo había visto tocando el violín. Los gruesos y toscos dedos en sus enormes

manos se movían con agilidad por las cuatro cuerdas tensas del violín produciendo una melodía que terminaba en una larga nota sostenida. Luego quedó en silencio unos instantes, respiró profundamente y abrió los ojos. Sonrió al verme y, sin mediar palabra, dejó a un lado el violín, me levantó tomándome con ambas manos y me colocó en una silla. Cogió el violín de nuevo y me puso el arco en la mano. «Toca, Tadek», dijo. Al principio guiaba mi brazo derecho, pero enseguida seguí solo mientras él pulsaba las cuerdas con los dedos de modo que al frotar el arco surgió una cancioncilla infantil que yo conocía. Tenía a papá cerca de mí. Su piel y su aliento olían a vodka, el mismo olor fuerte de siempre; pero en esa época para mí era sencillamente el olor de mi padre.